



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 18704

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—Las correspondencias a la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 14 DE MARZO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Femberg-Montmartre, 31.

El problema minero

Constituye el problema minero, para la región en que vivimos, la nota del día, no la del presente, sino la de ayer y la de mañana y quién sabe si la de todos los días del año venidero, pues al ver cómo se desentendían nuestros gobernantes de buscar remedio a los males de esta pobre industria, nos parece que no va a llegar nunca la hora de su anhelada redención.

Ayer, el mes pasado, el año anterior, el siglo que precedió al que rige el tiempo, en todo momento y a cada instante, ha sonado el grito quejumbroso del minero demandando auxilio; pero no es escuchado y en vez de arrojarle el cable salvador, se contempla con indiferencia glacial cómo se le va acabando la energía. ¿Cómo si ese elemento de nacional riqueza no fuese al mismo tiempo elemento de vida nacional, sin cuya aportación al acervo común no estaría la nación más abatida, más desesperanzada de llegar a los días venturosos de la regeneración!

¡Venturosos!... ¿Pero es que hay razón para esperar que cambie este estado de cosas que mantiene las minas paradas y al obrero con hambre? ¿Es que hay ilusión que resista el empuje de tantos desencantos como hemos sufrido?

Razón, sí, la hay, por que existe el derecho a la vida. Lo que no hay es esperanza, por que las ilusiones que abrigábamos de hacer rico y fuerte al país por el trabajo, se han convertido en humo.

La minería arrastra una vida miserable. Fuente de gran riqueza en otros tiempos y esperanza de que lo fuera de nuevo en el futuro, se ha tirado en tal forma y manera a cegarla, por torpeza de los gobernantes, que ya casi no da producto a sus dueños y acabara por

no darles tampoco a la Hacienda en cuyo nombre se la sacrifica.

Con el natural interés de reforzar los recursos del Tesoro, los encargados de administrar éste, han ido echando impuestos sobre lo- lo; mas engañados por la creencia vulgar de que quien tiene minas es rico, los han acumulado con desconsideración tanta sobre la minería, que ha llegado el momento de que ésta se pare en firme por no poder seguir.

Canon de superficie, impuesto sobre el producto bruto, derechos de exportación, impuesto sobre los transportes, monopolio de los explosivos, todo eso y mucho más pesa sobre la minería. Y cuando esta se queja, cuando envía a sus representantes a Madrid para entablar reclamaciones contra tanta y tanta desconsideración, nadie los escucha con la atención debida, es decir, con objeto de formar juicio para hallar y aplicar el remedio.

De donde arranca la crisis minera; qué causas la sostienen; dónde se halla el remedio que devuelva la vida a esa industria que de modo tan miserable muere, se ha dicho en muchas ocasiones. En exposiciones repetidas; en discursos pronuciados en las Cortes; en exposiciones verbales hechas por los interesados ante los ministros; en la prensa periódica de gran circulación y en la mas modesta de provincias, se han puntualizado las causas que llevan a la muerte a una industria, que era una esperanza de vida floreciente. Hace algunos días, con conocimiento exacto del problema, las expuso en brillante conferencia D. José Maestre en un círculo de esta población; mas ni esta conferencia de la cual se han ocupado los periódicos—también los de Madrid—ni las exposiciones verbales hechas por los interesados en los ministerios; ni las elevadas a los poderes públicos; ni los discursos dichos en las

Cortes; ni la prensa, han logrado que se alivie, ni siquiera en un gramo, la pesadumbre insostenible que gravita sobre la minería española, inmovilizando las labores subterráneas y lanzando a diario fuertes contingentes a aumentar los ejércitos del hambre.

La industria minera no puede sobrellevar el monopolio de los explosivos, ni ese tres por ciento del producto bruto que la agobia. Eso se ha dicho, se dice y se repetirá Dios sabe cuanto tiempo. Lo que no se hace es evitar que muera.

¿Cómo si muriéndose hubieran de prosperar el tres por ciento, las pingües ganancias de los explosivos y toda la plaga de males que en forma de impuestos pesa sobre las minas, matando, de rechazo, de hambre a los obreros!

TIJERETAZOS

El ministro de Hacienda tenía también un proyectito para provocar la baja de los cambios.

¡Y se callaba el hombre! Ahora se comprende porqué hacia oídos de mercader cuando le hablaban del otro proyecto: del Sr. Villaverde.

Lo que dirá Osmá:
—Si ese asunto ha de cubrir de gloria a alguien, sea alguien soy yo.

Y ha hecho ruido el proyecto. El será un infandio, un mal negocio, una ridiculez, como ha expresado el padre de la otra criatura, es decir Villaverde; pero es lo cierto que le han hecho una ovación en contra, que no hay más que pedir.

Como que esta tarde va a arremeter contra Osmá, Villaverde, en la Cámara, por causa del proyecto.

Y así se produce la baja de los cambios, se producirá la caída de un ministro.

Al fin todo se bajará.

Sin embargo, esas fieras actitudes de la gente política, especialmente de la ministerial, que ha quedado por gala, dividida en

dos grupos—uno favorable y otra adverso al proyecto de Osmá—no nos conmueven ni nos dan frío ni calor. Después de lo ocurrido la semana pasada con los célebres créditos de guerra, cualquiera cree lo que dicen tirios y troyanos.

Allá ellos.
Y nos que no estén que echen chapas los amigos del marqués de Pozo Rubio contra Osmá, por haber éste suplantado el invento de aquél.

¡Vaya si lo están! Diputado hay que parece un Júpiter tonante, por los rayos que lanza, y que asegura que él y otros amigos abandonarán a Villaverde si éste acaba doblando la cerviz.
Allá veredes.

MITIN SUSPENDIDO

Para ayer, a las diez de la mañana, estaban convocados los obreros en el Teatro Circo, a fin de celebrar un mitin para oponerse al encarecimiento de los comestibles y de la crisis del trabajo, y principalmente de los sucesos ocurridos en varias poblaciones, en las que, según se decía en la concentración, fueron atropellados los obreros. A las diez en punto los obreros poseídos de una butaca de entusiasmo, para dominar bien el edificio, y esperar los acontecimientos, que se hicieron esperar mucho—más de media hora—constituyendo una sorpresa.

Ni aun para protestar de lo cara que cuesta la vida tenemos primos los españoles. Quince minutos después de la hora de la cita habían en el teatro unas trescientas personas, cuyo número se duplicó pasado otro cuarto de hora. ¡Y no hay duda de que la subida de los comestibles a quien más perjudica es a la clase proletaria, siendo ésta la que debe estimular a las otras y al Gobierno, tanto para promover obras que proporcionen abundante trabajo, cuanto a que se remedie este estado de cosas difícil que deja planteado un problema brutal: el problema del hambre.

Aunque la espera obligada en toda reunión española pasaba en demasía, no se notaba impaciencia ninguna. Sin embargo, extrañaba a los obreros que veíamos por vecinos que no se comenzara el acto. ¿Qué pasaba? Ocurria... Nos lo dijo el compañero Sal-

merón, un obrero de la ciudad vecina, que adelantándose, rodeado de otros muchos, al sitio que ocupaba la mesa y reclamando la atención de todos con un golpe de timbre, manifestó que la comisión organizadora del mitin había dispuesto que se tratara de la crisis obrera y de otras cosas más; pero habiéndose convencido de que estaba vedado hablar sobre este asunto, acababa de acordar la suspensión del mitin, con la aquiescencia de las representaciones obreras de Murcia y de La Unión que se habían adherido a la celebración del acto.

El señor Salmerón rogó a todos que dispusieran a los organizadores y aconsejando que la reunión se celebrara pacíficamente, prometió que en otro momento se celebraría el mitin.

Con el mayor orden fueron abandonando los trabajadores el local, haciendo los naturales comentarios, con voz, pero un tanto vivas.

Ignoramos lo que ocurrirá entre bastidores para que el mitin fuese suspendido; pero de los palcos del compañero Salmerón se dijo que el estado fue impuesto por alguien.

DESDE MADRID

Sr. Director.
Muy señor mío: La primavera médica podrá haber suspendido; pero lo que es la primavera política no tiene de qué suspenderse, cualquiera se apercebe de que vamos a entrar en ella.

Madrid presenta la faz oscura de invierno, y desde el salón de conferencias hasta los teatros se percibe que estamos en pleno Diciembre.

En cambio los políticos están que arden, y las oposiciones, un medio de todos los graves problemas, sólo se ocupan de hacer cábalas que den lugar, ó que puedan dar, a la caída del Gobierno: este, y todos los Gobiernos no tienen tiempo más que para defenderse de no caer, y esta oposición, como todas, no se ocupa más que de ser Gobierno.

De esta manera vamos camino de la regeneración.
No hay más que un solo móvil el egoísmo.

Triste es confesarlo, pero la sociedad española está enferma, la sociedad política está pedrada.
La falta de sentido común de todos va a producir grandes males en España, un mo-

LOS BANDIDOS INDIOS

385

ror a ese dinero; me abrasaba las manos.

Ahora Craighton os lo digo aquí, y ya veis que tengo bastante sangre fría en este momento, os lo digo con toda la autoridad que me da una vida leal é irreprochable. habeis obrado como un hombre sin corazón y sin honor.

Si esto no os intimida para degradar mas aun el nombre de mi ciudad, os arrastraré delante de todos los oficiales que hay aquí, os obligaré a arrodillaros delante de ellos y en voz alta les diré lo que habeis hecho. Todo oficial inglés es caballero, y todos se separarán de vos con desprecio.

—¿Y qué me importa la opinión de los demás oficiales! dijo Craighton al fin. Ahora me he retirado y nadie tiene derecho a ocuparse de mi conducta privada.

—Escepto yo, replicó Tarlesby.

—¿Vos!... ¿cómo que me cuide de vuestras censuras y amenazas? En este momento porque sois mas vigoroso que yo, abusareis de vuestra fuerza. Mañana llegaré mi vez, y que Dios me condene sino castigo vuestra insolencia.

—Yo no os batiré con vos.

—¿Cobardes!

—Tregua a las injurias Craighton.

Las vuestras no pueden alcanzarme, ¡Tengo he-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 386

chas mis pruebas, a Dios gracias! Preguntad al primer funcionario que llegu de Calcutta de Benarés ó de las cercanías de Paltaghari, osantos hombres ha salvado Jorge Tarlesby, osantos thuge ha muerto en la terrible batalla de 1834... Además vos lo sabeis bien.

—Todos esos protestos son inútiles... Nos veremos mañana... Una vez terminado mi lance con Bartell, yo os batiré.

—No os batireis con Bartell replicó Tarlesby con voz firme.

—¿Quién me lo impedirá?

—Yo.

—¿De veras? dijo el capitán en tono sardónico.

—No os turbéis, Craighton. Conocéis mi carácter; os he dicho que no os batireis con Bartell y no os batireis.

—¿Y que hareis para impedirme lo?

—No lo sé aun, pero aunque tuviera que mataros ante, este duelo no se realizará.

—¿Es eso todo lo que teneis que mandarme? dijo burlándose el capitán.

—No el principal objeto de mi viaje es llevarme a Coocilla; vos partireis a Inglaterra si queréis; ella vendrá a vivir con nosotros en Paltaghari.

—Sin duda, con vos y con vuestro amigo Bartell?